

Ahora es cuando estamos cosechando los amargos frutos de nuestra inexperiencia en los años en que nos hemos gobernado por nosotros mismos. Una Nación proterva y avara de nuestros elementos de poder y de riqueza, ha estado asechando, como el tigre asecha su presa, el momento en que las discordias civiles hubieran debilitado y postrado á la Nación, para sorprenderla y sojuzgarla. Y cuando el enemigo consuma sus depravados intentos, no escarmentamos todavía. La desunión progresa, la sedición cunde, las pasiones políticas se agitan en el peor sentido, y como si fuera poco el que el enemigo extranjero nos combata, nos encargamos de desvirtuar á las autoridades; procuramos, con funesta ceguera y empeño, que nada puedan en defensa de la patria.

De estas verdades soy á la vez el testigo y la víctima. Desde la vuelta de mi destierro, no he pensado más que en la salvación de la República. ¿No he volado á crear y organizar un poderoso Ejército? ¿No he peleado con él sin economizar riesgos ni peligros? ¿No he atravesado toda la República para cerrar el paso al cruel vencedor de Veracruz? ¿No soy yo el que en todas direcciones ha buscado el frente del enemigo? Mi obligación era pelear, y he peleado: ¿soy dueño de la victoria para determinarla como mi esclava? Mi ánimo no era más esforzado en Tampico que en Cerro Gordo, y la fortuna que me permitió agregar allí un laurel á tantas glorias de la Nación, ha rehusado que asegure su dicha. Consuéleme, sin embargo, que la injusticia de los hombres dura poco: más me consuela todavía, que la mayoría de mis compatriotas es imparcial y sensata, y que sabrá perdonar mis errores, y estimar mi constante dedicación á su servicio.

Mas por lo que respecta al interés y defensa de la Nación, he de ser inflexible. Yo contemplo que la guerra debe continuarse entretanto nuestra situación no mejore. El vencedor oprime al vencido, y no acuerda con él, sino que le dicta una paz vergonzosa. ¿Permitiría la Nación que se desmembrara una parte inmensa de su territorio? ¿Consentiría en llamarse Nación, dejando de serlo por su nulidad é impotencia? ¡Ah! Los destinos de México sólo se salvarán con la fuerza de su acero y con una resolución incontestable.

Cuando próximo el ocaso de mi vida pública, aspiro á terminarla dejando altas lecciones de una consagración sin límites á la causa de la patria. Mientras respire, su voluntad soberana ha de ser la regla constante de mi conducta. Quiero servirla y deseo que todos la sirvan con una firmeza y con una constancia, que sea como el muro en que se estrellen los esfuerzos de todos sus enemigos.

Mexicanos, compatriotas míos: examinad mis hechos y que ellos respondan de mis intenciones. Si el Árbitro Soberano de las sociedades nos ha probado en el crisol del infortunio, ya comienza á mostrar su piedad, dejándonos formar una Constitución que será la tabla de salvación en nuestras borrascas. La he jurado, la he firmado y la defenderé. Por lo que respecta á la independencia é integridad del territorio de la Nación, mi voto es uno solo, y es el íntimo de mi corazón: *pelear y morir por ellas.*

México, Mayo 22 de 1847.—Antonio López de Santa-Anna.

#### EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA A LOS HABITANTES DE SU CAPITAL Y AL EJERCITO QUE LA DEFIENDE.

El enemigo, ciego por su orgullo, emprendió su marcha para esta capital. ¡Mexicanos! Yo me congratulo con vosotros, porque se aproxima el gran día en que afianzaréis los destinos de la patria, vengando sus injurias y escarmentando para siempre al pérfido invasor. Engreído él por las lisonjas de la fortuna, viene á desafiar vuestro denuedo, y se precipita á buscar su sepulcro en el magnífico valle que nuestros antepasados ilustraron con su heroico valor.

¡Sí: trescientos veintiséis años ha que un pueblo de valientes asombró al mundo con sus proezas; que luchó contra enemigos superiores en el arte de la guerra y divinizados por el error; que peleó día á día, palmo á palmo, hasta ganar un nombre inmortal.

Cierto es que sucumbieron al fin los aztecas; mas la historia, al cubrir de luto la página en que transmitió la catástrofe de su imperio á las edades futuras, dejó consignados los hechos de los preclaros varones, que dominados por un destino injusto, supieron morir con gloria. Herederos sois de ella: vosotros, mexicanos, los igualaréis en constancia y en firmeza, y la Providencia os concederá el triunfo, porque vuestra causa es santa, y porque el enemigo no os excede ni en número, ni en pericia, ni en el arrojo que decide la suerte de los combates.

¡Mexicanos! La conquista os hizo pertenecer á la raza noble y generosa que se honra con la memoria de Numancia y de Sagunto, y que en tiempos más modernos os presenta ejemplos que imitar en las defensas de Zaragoza y de Gerona. Ha llegado para vosotros la época en que manifestéis que los descendientes de los héroes, son también héroes bajo el hermoso cielo del Nuevo Mundo.

¡Mexicanos! Hijos sois de los campeones que bajo la inspiración del anciano de Dolores guerrearón once años continuos, y probaron la indomable energía de un pueblo que quiere ser libre. Vosotros acompañasteis al ínclito caudillo de Iguala en la empresa colosal de convertir una menguada colonia en Nación independiente, y siete meses os bastaron para vencer un poder que se apoyaba en antiguos hábitos y prestigios. Nuevos laureles escogisteis en las márgenes del Pánuco, donde fuí el primer testigo de vuestra decisión en los campos de batalla. Los recuerdos os ensalzan: vuestras propias hazañas fundan vuestro orgullo, y no desmentiréis la fama que habéis alcanzado.

Una nación que osó apellidarse nuestra hermana y amiga para adormecernos, usurpó traidoramente una rica parte de nuestro territorio, y nos ha traído la guerra con todos sus desastres y horrores, porque hemos defendido los mismos derechos que tenía reconocidos en solemnes tratados. No ha habido astucia, no ha habido engaño, ni arteria que no haya empleado, para arrancarnos una posesión reconocida, y ha apelado á la fuerza cuando consideró seguro el golpe, y que debilitados por las contiendas civiles, no podríamos resistir. La sangre de nuestros hermanos se ha derramado con profusión en Palo Alto, La Resaca, Monterrey, en Veracruz y en Cerro Gordo; y todavía se atreven los asesinos de los mexicanos, á proclamar con escándalo de la civilización, que promueven nuestra dicha. ¿Cuál dicha? ¿La de imponer sobre las frentes de la raza africana el degradante sello de la esclavitud? ¿La de levantar templos, rivales de los

templos del culto verdadero? ¿La de exterminar la raza de los indígenas, así como han destruido las de los Seminoles y Chevokies? ¿La de desterrar las costumbres dulces y sencillas del Mediodía, para reemplazarlas con las ásperas de los habitantes del polo helado? ¿La de hacer desaparecer todas las leyes y las instituciones ante los vergonzosos patíbulo de Lince? ¿La de reemplazar á un pueblo hospitalario con otro pueblo que todo lo sacrifica al interés y á la codicia? ¿Será, en fin, la ventura que prometen, la de derribar de su solio á una Nación soberana para aumentar ese Zodiaco, símbolo de la violencia y de la usurpación? Una Nación esclava de otra, no puede prosperar, y México comprende bien los humildes destinos del vencido y humillado.

¡Soldados mexicanos! Las esperanzas de la Patria se cifran hoy en el entusiasmo con que os preparéis á defender la independencia, que es vuestra más gloriosa conquista. La victoria que tantas veces ha coronado nuestras sienas, va á ser la recompensa de vuestros afanes, y llega el día en que la historia se apodere de vuestros nombres para inmortalizarlos. Si os espera la suerte de los valientes, vuestros hijos contemplarán que vuestro sepulcro es el altar de la Patria y el blasón de su nobleza. Si fuéreis mutilados, sobreviviréis á vuestra gloria, vuestra será la admiración de todos los camaradas en el campo del honor. Después del triunfo, una nación os deberá su existencia: esta nación es vuestra Patria, y os recompensará con generosidad. El cobarde no pertenece á vuestras filas; arrojad de ellas al que vacile, despojadlo de las insignias que son el emblema del patriotismo, de la disciplina y del valor, y maldecidle siempre. Enmudecerán, sí, enmudecerán vuestros calumniadores y vuestros émulo; y cuando adviertan que se asocian en el peligro y en la gloria las milicias del pueblo y los veteranos del Ejército, confesarán que las armas son la defensa y no la amenaza de la República.

Bendigo á la Providencia porque me ha concedido presidir á un triunfo decisivo, ó morir, como lo prometí, desde 1821. Cuento con la cooperación de los habitantes de la primera Ciudad del Continente Americano; cuento y confío en el esfuerzo de los bravos, que han jurado vencer ó perecer conmigo. ¿Podrán imponernos diez ó doce mil soldados que se lanzan al centro de una población que los detesta? No; los castigaremos y los castigará el Dios que protege la justicia de las naciones.

¡Mexicanos! ¡Compañeros de armas! Valor y constancia. Grandes intereses nos están encomendados; los salvaremos, y también el nombre y dignidad de la gran nación á que pertenecemos. Será nuestra divisa en el combate: INDEPENDENCIA ó MUERTE.

México, Agosto 9 de 1847.—Antonio López de Santa-Anna.

~~~~~

**EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA MEXICANA, A LAS TROPAS QUE  
VIENEN ENGANCHADAS EN EL EJERCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA.<sup>1</sup>**

Los sucesos de la guerra os han traído hasta el hermoso valle de México, en medio de un país lleno de riqueza y de fertilidad. El Gobierno americano os trajo por contrata, para pelear contra un país de quien no habéis recibido injuria ni mal alguno; después de la pelea, vuestros compañeros no han recibido, ni recibirán, más que el desprecio de los Estados Unidos, y el baldón de los pueblos de la ilustrada Europa, que mira llena de

<sup>1</sup> En castellano y en inglés se publicó esta proclama, en el número del "Diario del Gobierno," de 10 de Septiembre de 1847. Al mismo tiempo, apareció otra de *Los mexicanos á los irlandeses católicos* que venían en el Ejército americano, excitándolos á pasarse al que defendía nuestra Independencia.

escándalo que aquel Gobierno busque enganches para sus combates, lo mismo que solicita una bestia de carga para tirar sus carruajes.

A nombre de la Nación que represento, y cuya autoridad ejerzo, os ofrezco una recompensa, si dejando las banderas de Norte-América, os presentáis como amigos de una Nación que os ofrece campos llenos de riqueza, y grandes terrenos que cultivados por vuestra industria, os colmarán de felicidad y comodidades.

La Nación Mexicana no considera en vosotros más que unos extranjeros engañados, y por esto os tiende una mano amiga, os brinda con la diéha y con la fertilidad de su territorio. Aquí no hay distinción de razas; aquí hay libertad y no esclavos; aquí la naturaleza derrama á manos llenas sus favores, y en vuestras manos está disfrutarlos. Tened confianza en lo que os ofrezco á nombre de una Nación: presentaos como amigos, y tendréis patria, hogar, terreno, la felicidad que se disfruta en un país de costumbres dulces y humanas. La civilización, la humanidad, y no el temor, os hablan por mi boca.

Quartel General en el Peñón Viejo, Agosto 15 de 1847.—Antonio López de Santa-Anna.

~~~~~

**THE PRESIDENT OF THE MEXICAN REPUBLIC TO THE TROOPS ENGAGED  
IN THE ARMY OF THE UNITED STATES OF AMERICA.**

The circumstances of war have brought you to the beautiful valley of Mexico; in the midst of a wealthy and fertile country. The american government engaged you to fight against a country from which you have received no harm; your companions have after the battle received and shall only receive the contempt of the United States and the scorn of the nations of civilized Europe that, quite surprized, sees that that government seek engagements for their battles in the same manner as they look for beasts to draw their carriages.

In the name of the Nation I represent, and whose authority I exercise, I offer you a reward, if deserting the american standard you present yourselves like friends to a nation that offer you rich fields and large tracts of land, which being cultivated by your industry, shall crown you with happiness and convenience.

The Mexican Nation only look upon you as some deceived foreigners and hereby stretch out to you a friendly hand, offer you the felicity and fertility of their territory. Here there is no distinction of races; here indeed there is liberty and not slavery; nature here plentifully sheds its favors and it is in your power to enjoy them. Rely upon what I offer you in the name of a Nation; present yourselves like friends and you shall have country, home, lands; the happiness, which is enjoyed in a country of mild and humane customs. Civilization, humanity and not fear address you through me.

General Quarters in the Peñon, August the 15th 1847.—Antonio López de Santa-Anna.

**EL PRESIDENTE INTERINO DE LA REPUBLICA, GENERAL EN JEFE DE SU EJERCITO,  
A LA NACION.**

En momentos tan críticos y solemnes, dar publicidad á los acontecimientos, es una obligación del que preside los destinos de la República, y la desempeño con gusto, porque la franqueza ha sido en todas épocas el carácter de mi Administración. Los sucesos del día 19 y 20 son demasiado notorios, porque han sido infaustos; mas debo presentar una reseña para que no se desfiguren, tanto por el espíritu de detracción y malevolencia, como por el error á que conduce la falta de análisis en los asuntos más graves y trascendentales.

La Nación ha presenciado los grandes, los extraordinarios esfuerzos, con que en el espacio de tres meses he procurado la defensa de la Capital, que iba á entregarse al enemigo sin defensa. He formado, armado y equipado un ejército de más de 20,000 hombres; he acopiado un material inmenso para este ejército; he fortificado varias líneas, para alejar de México los estragos de la guerra; he creado recursos en medio del aislamiento á que se redujo al Gobierno, y ninguna fatiga, ningún trabajo he omitido, para que mi patria se presentara con dignidad y firmeza en la lucha á que fué tan injustamente provocada.

En la guerra, un accidente, la cosa que al parecer significa menos, frustra las combinaciones más bien formadas. Una ojeada sobre las defensas que establecí al derredor de la ciudad, es bastante para descubrir el plan que me propuse. Las fuerzas que había yo avanzado por uno de los flancos, apoyadas en otras, convenientemente escalonadas, tenían un repliegue conocido y lo previne en el momento preciso. A un General que mandaba una División fuerte de 5,000 hombres y 24 piezas de artillería, cuyo cuartel general era el pueblo de San Angel, mandé el día 18, á las once de la mañana, que se replegara á la villa de Coyoacán, para efectuar la concentración de fuerzas, siguiendo el movimiento indicado ya por el enemigo, y puntualmente para desarrollar mi plan de operaciones. Mas este General, olvidando que no pueden mandar dos en el campo de batalla, que para la ejecución de un plan no pueden admitirse observaciones que lo anulen y retarden, se permitió objetar á las órdenes que había recibido; y como habiendo sido desterradas entre nosotros la obediencia y disciplina, tan indispensables en la milicia, es necesario tolerar, para evitar mayores males, cuya trascendencia se palpa, lo que consentir parece un absurdo, dejé á mi pesar que obrara, cargando él con toda la responsabilidad del resultado. El fué tan funesto como había sido previsto. Se adelantó *mutuo proprio* á más de una legua, á escoger una posición para salirle al encuentro al enemigo, sin participarme siquiera el movimiento ni sus intenciones. La repulsa que hizo á mi prevención, fué la primera noticia que tuve de su temeridad, y luego el estallido del cañón me marcó cuál era esa posición, y me dió á conocer que había empeñado una acción. Aunque agobiado por el presentimiento de lo que debía suceder, me puse en el acto á la cabeza de una brillante brigada de 4,000 hombres y 5 piezas de artillería. Llegué en el momento en que el enemigo había cortado por retaguardia la posición del funesto General, con fuerzas respetables, y apenas logré entonces contener sus operaciones, porque ya estaba próxima la noche.

Mas advertí, con el dolor más profundo, que la posición era aislada, que interpues-

ta una grande barranca y ocupado un bosque inmediato por el enemigo, las fuerzas de mi inmediato mando no podían avanzar por el único camino que había sin comprometerse, como ya lo estaban las otras, y sólo una batería, que llegó tarde, fué la que pudo dañarlo. Habiendo cesado los fuegos, tomó nuestra brigada su cuartel en el inmediato pueblo de San Angel, porque lloviendo á torrentes, mantener las tropas en el campo, era lo mismo que derrotarlas.

Antes de esto dispuse que mi ayudante de campo, coronel Ramiro, descabezando la terrible barranca que al frente teníamos y por la falda de un cerro distante, guiado del Diputado José María del Río, práctico en el terreno, marchara violentamente al campo de aquel general, para prevenirle que precisamente en la misma noche se retirara á San Angel con su infantería y caballería, por el camino único que le quedaba, clavando antes la artillería que no era posible ya salvar. Este ayudante cumplió, comunicando mi orden entre diez y once de la noche; pero en vez de ser obedecida con puntualidad, apenas dejó hablar al ayudante el citado general, interrumpiéndolo con que lo que necesitaba eran seis mil hombres y municiones, y lo despachó, entregándole dos oficios que tenía firmados y cerrados, conteniendo uno de ellos el parte de la acción de la tarde, en el que expresaba haber batido y puesto en vergonzosa fuga al enemigo, y que en consecuencia había concedido ascensos á los generales, jefes y oficiales.

A la madrugada siguiente, me presenté otra vez en el mismo campo, reforzado por una brigada que mandé traer á la capital, y con ánimo de forzar á toda costa el paso; mas cuando comenzaba á obrar, efectuó el enemigo su ataque, que duró diez minutos, y presencié en medio de la desesperación, la derrota de aquellos soldados dignos de mejor suerte, porque el general que desgraciadamente los mandaba, se había él mismo cortado.

Las consecuencias del suceso eran terribles á mi vista: el enemigo podía llegar por un movimiento rápido á la capital, antes de que me fuera posible socorrerla: el enemigo podía por un movimiento de flanco cortar mis fuerzas destacadas: el enemigo había obtenido, como resultado de su victoria, la facilidad de batirse con todo el grueso de sus fuerzas, con una parte de las mías: el enemigo, en fin, por la insubordinación é impericia de un general, convirtió en su provecho todas las ventajas de mi situación.

El fuerte avanzado de San Antonio no podía sostenerse, porque nuestra línea había sido cortada, y dispuse que se retirara su guarnición, mientras que yo cubría el fuerte y cabeza del puente de Churubusco. El enemigo avanzó, y se interpuso cortando parte de las tropas en retirada, y presentándose al frente de nuestras defensas más inmediatas. Allí me puse de nuevo al frente de nuestros soldados, y mis esfuerzos costaron no poca sangre al enemigo. Las pérdidas que ocurrieron, aunque lamentables, procedían naturalmente de la retirada, que era pronta, sorprendente y embarazada, con los trenes que marchaban por una calzada estrecha, flanqueada en toda su extensión. La defensa fué de línea en línea, hasta llegar á la tercera, donde personalmente contuve al enemigo y salvé á la capital, que inopinadamente se había puesto en peligro. Cuando me ocupaba el día 22 de reorganizar las fuerzas y cubrir las baterías, colocado otra vez personalmente al frente de una columna que hiciera la defensa hasta el último extremo, recibí una comunicación del general en jefe enemigo, proponiéndome la celebración de un armisticio que diera tiempo para escuchar las proposiciones que hiciera el comisionado del Gobierno de los Estados Unidos de América, para dar término á la lucha entre las dos naciones. Yo admití el armisticio, y después de oír en junta á los ministros, he resuelto que se escuchen las expresadas proposiciones.

La suspensión de hostilidades es siempre un bien, porque la guerra es siempre un mal, mucho más después de frustradas grandes combinaciones. Libertar de sus horrores á la capital, ó al menos retardarlos, era una exigencia de que no me es lícito prescindir, y con mayor razón cuando se anuncia como un medio para llegar á una paz honrosa.

Cuando dos naciones se hallan en estado de guerra, disfrutan del derecho recíproco de proponer, que presupone la obligación de escuchar. Una guerra perpetua es un absurdo, porque ella es una calamidad, y el instinto de la conservación, aun más fuerte y poderoso en las naciones que en los individuos, aconseja que no se deseche arbitrio alguno que conduzca á un acuerdo ventajoso. Para adoptar este partido, la Constitución me da competente autoridad.

• Consagrado á intereses tan nobles y privilegiados, he de mantener á todo trance el prestigio y el respeto de la autoridad suprema que ejerzo, ahora especialmente, que si las facciones acosaran al Gobierno, le arrebatarían la libertad de deliberar, y caería en la mayor nulidad en presencia de los enemigos de la Nación. Seré aún más explícito: la subversión y la sedición serán castigadas ejemplarmente.

Yo conservo un cuerpo respetable de tropas, la Nación me apoyará para sostener su decoro y reivindicar su gloria. Me considero tan libre como si acabara de obtener una señalada victoria, y no hay medio de que me impongan los negociadores enemigos, cuando no me sobresaltan sus hombres y cañones. Transigiremos nuestras diferencias, si el honor se salva ante todo, y también volveremos á pelear si la espada se coloca entre nuestra justicia y el reconocimiento de los derechos de la Nación.

México, Agosto 23 de 1847.—*Antonio López de Santa-Anna.*

---

**EL PRESIDENTE INTERINO DE LA REPUBLICA, Y GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO, A LOS MEXICANOS.**

Compatriotas: El enemigo, sirviéndose de vanos pretextos, ha resuelto romper las hostilidades sobre vuestra hermosa ciudad. Juzgándonos acobardados y envilecidos, por los reveses de la fortuna, esperó que subscribiese yo un tratado en que se menoscababa considerablemente el territorio de la República, se le reducía á la nulidad y se le cubría de vergüenza é ignominia. Los mexicanos no son dignos de esta suerte oprobiosa, y habiéndome llamado espontáneamente á regir sus destinos, he debido corresponder con toda lealtad á esta señalada confianza, salvando los preciosos derechos que no se pueden enajenar, dando así un ejemplo de la energía y firmeza que son el blasón de las naciones.

Pregonaban los enemigos, que nos propondrán una paz honrosa para las dos repúblicas, y debía escucharlos para que el engaño fuera conocido. Van á publicarse las proposiciones y toda la secuela de la negociación, para que vea el mundo civilizado que sacrificábamos cuanto permite el honor que se sacrifique; y que más allá, se encontraron los enemigos con la repulsa consiguiente á pretensiones desmedidas que destrozaban á la República y la convertían en una miserable colonia de los Estados Unidos. A tanta audacia, no podemos ya oponer más que nuestra constancia y nuestro valor.

¡Mexicanos! Me encontraréis como siempre, á la cabeza de vuestra defensa, para libertaros de un yugo poderoso, para redimir á vuestros altares de una violación infame, á vuestras hijas y á vuestras esposas, del último oprobio. El enemigo levanta la espada para herir vuestras nobles frentes; alcémosla también, para castigar al rencoroso orgullo del invasor.

¡Mexicanos! Viva para siempre la independencia de la Patria!

México, Septiembre 7 de 1847.—*Antonio López de Santa-Anna.*

---

**EL PRESIDENTE, GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO, A LAS TROPAS DE SU MANDO.**

¡Soldados! Diez y ocho años há que en las márgenes del Pánuco humillamos á las huestes de nuestros antiguos dominadores. Entonces nuestros esfuerzos se dirigían á consumir la independencia de una nación á la que debíamos tantos beneficios como agravios, y que podía reclamar la sangre, las costumbres, la religión y mil otros dones generosos que nos había dado. Sacrificamos, por un momento, los estímulos siempre dulces de la naturaleza, y aun apartamos la vista de la civilización que España nos había transmitido con el culto bienhechor del Evangelio, porque esa misma naturaleza nos llamaba á una nueva vida, y ni los hombres toleraban ya que se retardara la emancipación de un pueblo grande y noble. La victoria coronó tan heroica empresa, y el mundo confesó que merecíamos, entre las naciones, el rango que nos destinó la Providencia.

Mas ahora, una nación que ha traído la devastación, el pillaje, el oprobio y el luto de las familias á las puertas de la gran Capital, es una nación proterva y egoísta, que nos ha causado males y nomás males, y que aspira á convertir en dura y ominosa servidumbre el poder y la gloria que conquistamos en los campos de batalla.

La presencia de un enemigo sin simpatías enfurece á todo mexicano digno de este nombre, y lo decide á pelear sin intermisión ni descanso, hasta que el águila bastarda sepa respetar la insignia augusta de la Nación Mexicana.

¡Soldados! Que el recuerdo de un gran día os estimule á ilustrar una página más de nuestra historia. Que el 11 de Septiembre de 1847 sea como el 11 de Septiembre de 1829: el principio de una nueva era, un blasón de nuestra patria, y el fundamento de su dicha. Soy para ella, soy para vosotros, el mismo que conocísteis, el apoyo incontrastable de los derechos mexicanos. Volemos, pues, á purificar de tanta profanación á la República, y salvándola ahora, los destinos de México se cumplirán y vuestra gloria será perfecta. ¡Soldados! Volemos al campo de batalla con denuedo, ardor y constancia. ¡Viva para siempre la independencia mexicana!

México, Septiembre 11 de 1847.—*Antonio López de Santa-Anna.*